

Policiaco

Intriga en Noruega



Karin Fossum
"¿Quién le teme al lobo?"

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

GRIJALBO
248 PÁGINAS
16,50 EUROS

LILIAN NEUMAN

Karin Fossum (1954) forma parte de un grupo de escritoras que, en la década de los noventa, en Noruega, debutaron en el género policiaco. Ésta es la tercera vez que su inspector de policía Konrad Sejer llega traducido al castellano. Y es muy interesante –y muy acertada– la descripción que hace de él su subordinado: "Severo y gris. Un poco autoritario. Introverso. Muy competente. Afilado como un hacha. Minucioso, paciente, fiable y resistente". Cualidades que se vuelven más notables y peculiares, porque Sejer aún no puede superar la muerte de su esposa, que aparece en sus sueños y ocupa su vida real.

Puede ser pura presunción, pero suena a evidente que el paisaje noruego da a las andanzas de este policía un marco especial, como la luz de Estocolmo acompaña las elucubraciones del protagonista de la serie policiaca del sueco Henning Mankell. Como en la primera "No mires atrás" (luego vino la exitosa "El ojo de Eva"), Fossum penetra en la vida secreta de una pequeña población –Finmarka– y, tras la excusa del crimen por resolver, cuenta algo mucho más tenebroso. En la primera, el secuestro de

Las primeras y escabrosas páginas invitan al abandono de esta novela, pero vale la pena seguir

una niña era el detonante para que Sejer se enfrentase a una sorda red de perversiones, tras la apacible vida rural. Aquí, y directamente, se trata de la locura y del abandono, de vidas malogradas que le permiten también a su autora, a su modo, hacer novela social.

Ésta no es una lectura ligera, ni mucho menos amable. Pero ¿por qué tiene que serlo? Entre sus protagonistas –además de Sejer, que en esta entrega vive algo inédito en su vida sentimental– hay dos chicos, uno abandonado por su madre de pequeño, aquejado de obesidad mórbida y con una especial relación con la realidad. El otro, un muchacho esquizofrénico que suele aparecer cerca de los lugares en donde suceden desgracias. Su psiquiatra no duda en sugerir que Errki, que arrastra una biografía trágica, tiene algún poder paranormal.

Las primeras y escabrosas páginas de esta novela pueden, por otra parte, invitar a más de un lector a abandonar en la página dos, pero aconsejo seguir. Hecha esta poco veraniega presentación de una novela que tiene como importante escenario el manicomio, hay que decir que no habrá distensión ni ligereza, tras el brutal asesinato de una mujer poco amable, y mucho menos después del asalto a un banco con secuestro de rehén. Esto es novela policiaca, pero si se mira bien, parece que su autora prepara página tras página y cuidadosamente las circunstancias para llegar a un tenso y claustrofóbico duelo dramático –después del asalto al banco, y en un complicado intento de huida– con mucho de brutal. No hay nada de arbitrario en esta forma de narrar. |

Qué lee Nazario

Niño solitario crecido entre tebeos y colecciones populares, el futuro dibujante Nazario encontró pronto una fuente en los clásicos y entre ellos en el teatro. De la literatura teatral tomó las raíces de sus cómics extraordinarios. Ahora pinta cuadros y sigue leyendo

MERCÈ IBARZ



DAVID AIROB

Quienes hayan visto su reciente antológica en Barcelona (que tal vez viaje a Madrid y Andalucía, aunque ya no idéntica) habrán comprobado que sus historias dibujadas resisten el tiempo. Su Anarcoma, su Salomé, tantas heroínas de uno u otro género, son una crónica del aire de los 70 y 80, pero no son sólo crónicas. Sería simple reducir a Nazario al comentarista inspirado del orgullo y el temblor gay, aunque no es poco. Hay en su obra una escenografía visionaria del cambio que estaba por venir y cómo vino, antes y después de la muerte de Franco. Y una diría que la extrajo del mucho teatro leído en su juventud sevillana, cuando fue maestro, antes de Barcelona.

No quiere que me quede con la impresión de que sus lecturas son resultado exclusivo de la gran ciudad y los nuevos amigos. No me sorprende escuchar que en su familia campesina campaban los libros típicos de la educación sentimental de aquellos años inhóspitos: Knut Hamsun, Maxence van der Mersch, "que en **La máscara de carne** escribía sobre maricones", Mika Waltari o Vicky Baum. A veces he pensado que este fervor por autores foráneos permitidos por el régimen fue una cierta forma de resistencia, pero no hablamos de ello. También leyó tebeos, cómo no, y a menudo prefería los de niña: **Azucena, Florita** y, claro, **El guerrero del antifaz**. Así llegamos al teatro, su gran estímulo como creador que, curiosamente, no ha cultivado. O quizás sea más exacto decir que su teatro vive en sus cómics y acuarelas.

A los dieciocho era maestro y siguió leyendo con más empeño. "No fui un niño autista pero sí muy reconcentrado y mis padres me dejaron leer tanto como quise. Siempre he tenido buenos amigos

lectores y con ellos, en Sevilla, buscábamos las colecciones sudamericanas. Camus, Sartre, Montherlant, Ugo Betti, Tennessee Williams, Priestley y **El tiempo y los Conway**, qué obra", recuerda. "Me gustaba mucho O'Neill y cuando vi **El deseo bajo los olmos** quedé fascinado. Pero la versión histórica de la Espert me desanimó. Tenía algunas cosas escritas y las aparqué. Aunque tal vez sea cierto que de la estructura del texto teatral ha salido lo mejor de mi trabajo. Seguramente, sí. El cine te lo da todo hecho, pero el teatro proporciona libertad, la libertad de interpretación."

No le pregunto cómo ha pasado los 90 que terminaron con el clima de la Barcelona que encontró en los 70 y con tantos amigos muertos de sida. Pero entiendo que ha pasado muchas horas leyendo. Su obra actual lo dice. En su conversación se mezclan todo tipo de autores, géneros y épocas, desde Góngora y Lezama Lima, Genet y Cortázar, **Electra, Antígona** y **Los infortunios de la virtud** de Sade hasta Proust, **El infierno** de Barbusse, Céline y Strindberg, Kavafis o Seferis. Recientemente, sólo Nina Berberova le ha dejado huella. Se declara harto de Pessoa. Recomienda las novelas de María de Zayas, del siglo XVII, por su modernidad, y aprovecha para reconocer su deuda con Vargas Llosa, "por su decidida búsqueda de un estilo propio. Cuando hice **Purita** pensé mucho en él".

Con Miquel Barceló, otro lector bulímico, sigue intercambiando lecturas, aunque una de sus recomendaciones, **El hombre jazmín**, de la rara Unica Zürn, todavía le duele en el alma. Demasiada tristeza, convengo. En su piso taller de la plaza Reial, donde estuvo también el del añorado Ocaña, Nazario huye de la tristeza. Ahora batalla contra el terrible ruido turístico que reina en el lugar